

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA S.A.

El paseo del perro

Marie Dresler
Polly Moran
Farrell Mac Donald



Niu
del
COL·LECCIONISME
de J. Colomer
TOT L'ART IMPRES
AL PAPER
Gravats Antics
Lletres i Revisies
Joguines i Medalles
Objectes Variats
Vinyetes i Postals
ESPECIALISTE AL MON
CROMOS DE LA XUMILATA
MISTOS I TABAC
c/ Ferrón, 81 - Guisot (A)
Tel. 302 36 68
BARCELONA-2

LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año II Publicación Semanal de argumentos

Núm. 64 de películas de 25
METRO GOLDWYN MAYER Cént.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

BRINGING UP FATHER

EL PASEO DEL PERRO

1928

Divertida comedia. interpretada por
J. FARRELL MAC DONALD,
GERTRUDE OLMSTEAD y
POLLY MORAN

Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 - BARCELONA

EL PASEO DEL PERRO

Argumento de la Película

El matrimonio es como una ratonera... muy fácil de entrar y difícil de salir.

Los novios casi siempre se retratan, para más tarde ver la cara que pusieron cuando eran felices.

Hacia veinte años que Pancho y Ramona se habían retratado el día de su casamiento.

Desde entonces no volvieron nunca más a ponerse de acuerdo.

Aunque Pancho era hombre de dinero, vivía modestamente con su mujer y su hija, una hermosa muchacha de diez y nueve primaveras.

Pancho usaba todos los días para salir de casa la mejores excusas de la ciencia doméstica... pero Ramona era demasiado científica.

Una mañana, Pancho llegó a su casa después de haber pasado la novecita con varios amigos en un café.

Su esposa le vió subir por las escaleras y armada de un garrote le esperó detrás de la puerta.

Pero, adelantándose a Pancho, quien entró en el piso fué el lechero, y Ramona, confundiendo con su marido, le dió tan estupendo golpe que le hizo perder el conocimiento.

Luego... excusas... lágrimas... el de la leche que volvía en sí y marchaba furioso... Una violenta disputa entre el matrimonio, acallada por fin ante los propósitos terminantes de Pancho de no volver a salir.

—¡Es que si vuelves a las andadas, de un garrotazo te abriré la cabeza! — gritó su mujer.

—¡No tendrás ese trabajo!...

Unas horas después, apaciguados ya los ánimos, sonó el timbre del teléfono.

Era un amigo de Pancho que dijo a éste:

—Pepe va a abrir un barril del año de la nana y quiere que vengas.

Asustado, Pancho dejó el teléfono y dijo a su mujer:

—Dice que Piedra Blanca se va a casar. Bien, no hay nada mejor que tener una buena mujercita.

—¡Y un buen marido!

—¡Eso es!... Lo siento, Ramona, pero tengo que ir al casamiento...

—¡Pancho, tú no te mueves!

—Pero, mujer...

Vió de pronto correr por la habitación su hermoso perro de lanas a quien tenía en gran

aprecio

—¡No iré — dijo—, pero al menos, déjame sacar a dar un paseo al animal!

—¡Te digo que no te mueves!...

Llamaron a la puerta y Ramona la abrió y la volvió a cerrar precipitadamente

Eran dos sujetos con la insignia de policía en el chaleco.

—¡Gran Dios! — exclamó Ramona—. El lechero habrá mandado a la policía por haberle pegado a él en vez de darte a ti...

Sonrió Pancho y con el perro en brazos franqueó la entrada.

—¡Llévame a mí, pero no toquéis a mi mujer! — dijo.

Y marchó con los agentes y el perrito, mientras Ramona, atemorizada, salía a la ventana.

La sorpresa de la esposa fué grande al ver fraternizar a su marido con los agentes y que uno de ellos se arrancaba el bigote postizo y reía a carcajadas.

¡Ah, tunantes! ¡Aquello era una combinación de Pancho para huir de casa!

Lo era, en efecto. Los dos amigos habían adoptado aquel medio para arrancar a Pancho del hogar...

El marido con sus dos amigos se dirigió a una taberna, cuyos dueños eran parientes suyos.

Allí reinaba una gran alegría...

Pancho saludó a su cuñado Pepe, el dueño de la taberna.

—¿Cómo vamos, rey de la cerveza? — le dijo.

—¡Bien, bien, Pancho! ¡Me alegro de verte por aquí!...

Unos clientes cantaban desde una mesa:

Los rusos beben vodka

Los franceses vino.

Y nosotros bebemos

siempre sin tino.

—¡Si éstos no callan, va a llover! — dijo Pancho apurando un gran bock de cerveza.

Un caballero se llegó al mostrador y presentó una factura a Pepe:

—¡Tiene que pagar los cien dólares restantes hoy! — le dijo.

Pepe intentó excusar aquel urgente pago, pero el acreedor amenazó con un embargo inmediato.

Pancho era hombre de dinero a pesar de la modestia en que vivía, así es que, teniendo gran simpatía por sus familiares, quiso prestarles el dinero que necesitaban... Pero Pepe se negó a aceptar.

—No me gusta pedir prestado a los parientes — dijo.

—¡Yo no soy pariente... soy sólo tu cuñado!

Pepe fué al comedor a decir a Ana, su mujer, que le diese cien dólares que ella tenía ahorrados.

Ana, la hermana de Pancho, tenía un corazón más grande que la catedral de Burgos,

—¿Anda ese usurero detrás de ti otra vez?
— dijo.

—¡Sí, Ana mía!... Me sabe muy mal que hayamos de dar el dinero. Tu hermano se ha brindado a pagarlo, mas yo no he aceptado.

—¡Qué bueno es Pancho!

Pepe pagó al acreedor...

Pancho después de beber unos bocks de cerveza dejó un billete sobre el mostrador para pagar la consumición. Ni aun tratándose de su familia, quería la bebida gratis...

Un sujeto que estaba junto a él al ver el billete se lo arrebató y echó a correr.

Pancho no era tonto; salió disparado tras él, le dió alcance y recuperó el dinero después de dar al ladrón una buena paliza.

Volvió, siempre con su perrito en brazos, hacia la taberna.

Sus hermanos comían y le invitaron a acompañarles. Al verle en el estado que llegaba, abollado el sombrero de copa y sucio y amoratado el rostro, Ana le dijo:

—Pancho, ¿te peleaste con Ramona?

—Me caí en la esquina cazando una mariposa...

Llamaron al teléfono.

Ana se dirigió al aparato, después de decir a su hermano:

—¿cuédate, si es Ramona no voy a mentir por ti.

Era en efecto la enérgica esposa de Pancho.

—¿Está Pancho en el bar? — preguntó Ramona.

Ana vaciló... No, no quería descubrir a su hermano que la miraba con angustia.

—¡No... no está! — dijo.

El perrito parecía que por teléfono hubiese escuchado la voz de su dueña, pues se puso a ladrar.

—¡No mientas! ¡He oído al perro! — gritó Ramona.

Pancho cogió al animalito y le amordazó. ¡Buena la había hecho!

Viéndose perdida, Ana aclaró:

—¡Espera, Ramona!... ¡Está en la puerta!... ¡Tu marido acaba de llegar!

—¡Que se ponga en seguida al teléfono!

Ana brindó el auricular a su hermano. Este, con energía, dijo:

—Vas a ver cómo trato yo a esta mujer.

Corrió al teléfono, pero al escuchar la voz silbante de su esposa, plegó velas, diciendo humildemente:

—¡Hola, Ramona!

—Si no estás en casa antes de diez minutos — le gritó su mujer — no vas a salir de ella en diez años...

—¡Ya iré!... ¡No pases cuidado!...

Colgó el aparato y dijo a sus hermanos que le contemplaban con extrañeza:

—¡Me he de marchar! ¡Mi mujer me quiere tanto que siempre está pensando en mí!

Y cogiendo al perrito volvió a su casa, dejando a Ana y a Pepe haciendo sabrosos comentarios sobre la actitud de Pancho.

—¡El día en que me dejes llevar los pantalones, me voy de la casa! — dijo Ana a su marido.

—¡Tomo nota! — respondió él.

**

Todos los días Pancho era recibido a palos. Aquel mediodía estaba seguro de que se repetiría la ración de garrotazos.

Cerca de su casa encontró a un vecino que estaba sentado ante su vivienda en actitud meditabunda.

—¿Qué te pasa, Tomás? ¿No se muere tu mujer?

—¡A esa no la mata un rayo!... Quiere que ahora le compre una nevera eléctrica.

—No se la compres, luego las mujeres abusan y te hará como la mía, que me obliga a sacarle el perro a la calle.

Y le mostró el perrito faldero.

—¿Tú te quejas?... ¡Fíjate en el de mi mujer!

Y Tomás señaló a un enorme perrazo que

era más alto que él.

—¡Atiza!

—¡Un día me va a comer!

—¡Malditas mujeres! Oye, ¿quieres acompañarme a casa? ¡Me temo un conflicto!

—¿Uno más?

Le acompañó...

Ramona, que ya esperaba a su marido con el acostumbrado garrote, al verle llegar con Tomás lo ocultó en una estantería.

—He traído a Tomás para jugar a las cartas... — dijo Pancho, temblando.

—No lo necesitas... porque no vais a jugar a las cartas... ¡Además la comida que tenemos no le gusta a Tomás! — gritó.

Y movió un escándalo de los que forman época.

Pancho le dijo en voz baja a su amigo:

—¡No hagas caso!... ¡Después de todo es una buena mujer!

—¡La mía tampoco tiene faltas, pero tiene puños! — dijo Tomás, alejándose.

El garrote que estaba en la estantería osciló de pronto y cayó sobre la cabeza de Ramona.

—¿Ha sido usted, Tomás... o tú imbécil?

—¡No... no... señora! ¡Fué el viento!... — dijo Tomás.

Y el vecino se largó rápidamente pensando que si quedaba allá unos minutos más, peligraba hasta su vida.

Nuevo escándalo entre Pancho y Ramona

por lo ocurrido aquella mañana. El pan nuestro de cada día...

Lolita, la hija del matrimonio, apareció en el comedor y abrazó tiernamente a su padre, sentándose sobre sus rodillas.

Ramona, mientras tanto, estaba en la cocina, preparando el yantar...

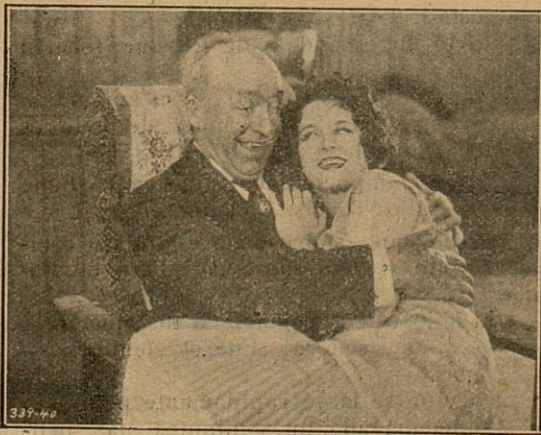
—¡Papá, tú has bebido mucha cerveza! — le dijo la nena, oliéndole la boca.

—¡Cállate, por Dios... y no me comprometas!

Apareció Ramona con la sopera.

¡Todo el mundo a sentarse a la mesa!

Pancho fué a quitarse el raído chaqué que



—¡Papá, tú has bebido mucha cerveza!

llevaba, pero su esposa se lo impidió, gritando:

—¿Qué es eso?... ¿Cuándo vas a aprender a comer con corrección? ¿Tendré que enseñarte yo a ser un caballero?

Pancho nada dijo y, cabizbajo, ocupó su sitio en la mesa.

Durante la comida tuvo que escuchar las "tiernas" palabras que constantemente le dirigía su esposa.

Pancho se había quitado los zapatos... le dolían. ¡Si pudiera quitarse los oídos para no escuchar a su mujer!

De pronto, Ramona dijo a Lolita:

—Dile a tu papá lo que pasó hoy en casa de la señora María de Vistabella.

Y Lolita, riendo, explicó lo ocurrido.

Había asistido a una fiesta en casa de aquella ilustre dama, muy amiga de una compañera de colegio de Lolita.

En la gran piscina de la casa se bañaron los jóvenes y Lolita trabó en el agua conversación con un elegante muchacho del que sólo supo primero que se llamaba Alberto.

Más tarde, ya vestidos, la señora de Vistabella presentó a Lolita el joven en cuestión.

—El duque de Bulanda, mi distinguido huésped.

Lolita sonrió y el joven tendiéndole la mano, le dijo:

—¿Cómo está la nadadora?

—¡Bien... señor! ¿debo llamarle excelencia o señor duque?

—¡Llámeme siempre Alberto!

Y durante toda la fiesta el duque no dejó ni un momento a Lolita.

Esta calló, ahora, sonriente mientras miraba a sus padres...

Ramona dijo a su marido:

—¡Fijate! ¡Algún día puede ser que ésta sea duquesa... y nosotros condes o algo así!...

—¡No estaría mal... pero me parece que no!...

—¡Bobo! ¡Oye, han llamado! ¡Puede que sea la señora Colasa! ¡Se va a morir cuando sepa que vamos a ser nobles!

No era la Colasa sino un criado con una caja de flores y una tarjeta para Lolita.

Decía la tarjeta:

Gracias por su invitación, tendré mucho en venir a tomar el te mañana con la señora de Vistabella y el barón.

Alberto

—Pero, ¿tú has invitado al duque? — dijo Pancho, asustado—. Nosotros no estamos para recibir a gente de tal calidad...

—¿Por qué no? ¡Es un partido estupendo! Y el duque me prodiga unas atenciones exquisitas.

—¡Pamplinas!

—¡Nada de eso! Pero seguramente que el duque no habla más a Lolita cuando vea a su padre con los zapatos rotos — dijo Ramona.

Y señaló al perro que jugaba con uno de los zapatos que Pancho se había quitado.

—¡Mira que nos va a caer la cara de vergüenza! — dijo Ramona.

—¿Y yo qué culpa tengo? ¿Por qué habéis invitado a ese duque?

Había terminado la comida. Pancho se paseaba nervioso cuando, de pronto, su pie quedó aprisionado en una ratonera.

Su mujer lanzó una chillona carcajada.

—¡La preparé yo para quitarte el vicio de andar descalzo por la casa!

Lolita aparecía preocupada.

—¡Papá, aquí no se puede recibir a un noble! — dijo.

—¡Y yo qué quieres que te diga!



—¿Cómo está la nadadora?

—Por lo menos podriamos tener muebles decentes — gritó Ramona—. ¡Eres tan rico, como avaro!

—¡Oh, yo no me opongo a ello!

—Pues, mira, aquí tengo precisamente una tarjeta de una tienda que alquila muebles para casa y teatro... Nos va a sacar del apuro.

—¡Muy bien, mamá!

—Y ahora mismo, Lolita, telefonearé a tus tíos a ver si conseguimos que hagan de criados.

—¡Qué loca eres! — gritó Pancho.

—¡Calla... desemepeño!

Ramona fué al teléfono y llamó a su cuñada Ana.

—Mañana doy un te... seguramente os gustará ver a los nobles que van a venir.

—¡Ya lo creo!

—Pero necesito criados... y he pensado que tú y Pepe podéis sacarme del apuro.

Ana puso el grito en el cielo.

—¡El dinero se te ha subido a la cabeza! ¡Nosotros no somos criados de nadie!

—¡Ya sabía yo que me harías quedar mal! — rugió Ramona.

Las dos cuñadas se pusieron verdes, como tales cuñadas, hasta que Lolita se apoderó del auricular y dijo:

—¡Tío, soy yo, Lolita! ¡Por favor, tía, hágalo por mí!

Ana tenía gran devoción por su sobrina y después de consultarlo con su marido, accedió a ello.

—Lo haré por ti, sólo por ti... — dijo —, pero tu madre está chiflada.

Lolita palmoteó de júbilo.

¡Iban a dar el gran golpe!

A la tarde siguiente, Ana y Pepe, vestidos de criados, se hallaban en la casa de sus cuñados, transformada con todo lujo.

Algunos de los muebles eran verdaderas antigüedades y los demás viejos de verdad.

Pancho había salido a pasear al perro.

Ramona y su hija Lolita, vestidas a la última moda, esperaban la llegada de los tres invitados.

Quien llegó primero fué la señora de Vistabella. Pepe, vestido con librea, la anunció con gran entonación.

Ramona saludó a la noble dama rogándola fuera al cercano tocador donde Ana, la sirvienta, estaba a sus órdenes.

Ana quitó el sombrero de la de Vistabella pero lo hizo con tanta furia que hasta le arre-

bató la peluca que llevaba enganchada a aquél. Tuvo que pedirle mil excusas por su primera plancha.

La dama volvió al salón.

Poco después llegaba el barón de Balonidertxag, quien entregó una tarjeta a Pepe.

Pepe leyó aquel nombre y no supó cómo se pronunciaba.

—Oiga, ¿es una sola persona? — le dijo al barón.

—¡Sí, señor! ¡Anúnciame!

Pepe no encontró mejor medio de anun-



—...ahora mismo, Lolita, telefonaré a tus tíos...

ciar que diciendo simplemente, en medio de la sala:

—¡Otro!

El barón, que era un sujeto muy atildado, avanzó hacia Ramona y la besó la mano.

—¡Oh! — dijo Ramona con ordinarios ademanes—. ¿Es usted el noble de mi hija?

—Soy noble por los cuatro costados. señora — dijo.

Lolita saludó al barón. Estaba impaciente por la tardanza de su enamorado.

El duque entró en la casa.

—¡Diga que está Alberto de Bulanda! — indicó a Pepe.

Pepe penetró en el salón y dijo:

—¡El señor Alberto de Bulanda!

Saludó el joven a madre e hija, prodigando a ésta toda clase de exquisitas amabilidades y sentóse a su lado.

—¡Este señor es el duque de Bulanda! — dijo el barón.

Ramona se enfureció.

—Voy a darle una patada al criado por no haberle llamado excelencia — rugió.

Lolita la miró severamente. ¿Qué tonterías decía?

—¡Bueno, quiero decir... voy a reprenderle!

El barón había ido, entretanto, al piano y preguntó a Ramona si sabía cantar.

—¡Oh, solamente canto las canciones populares!

—Por esto son tan populares, señora. ¡Cante, cante!

Y Ramona, con horrible voz, cantó:

*En un pueblo de Italia...
en una noche como esta...*

Ana, que había vuelto al recibidor al lado de Pepe, y al escuchar aquel horrendo canto, dijo:

—¡Dios proteja a los italianos en una noche como esta!

Entró en la casa el buen Pancho a quien acababa de ocurrir un accidente en la calle.

Un viandante había caído en una zanja, y Pancho, siempre generoso, se había lanzado al hoyo para salvar al infeliz.

Pero de resultas volvía sucio, arrugado, manchado de grasa. Llevaba el perrito en la mano, con un aire desdichado de pordiosero...

Su mujer al verle, se puso las manos en la cabeza. ¡Qué ridículo! Corrió hacia él y le dijo en voz baja y dura:

—¿Cómo te atreves a entrar el perro de esta manera? ¡Ya te estás largando de aquí! ¡Me cae la cara de vergüenza!

El pobre marido desapareció hacia la escalera. ¡Estaba visto que ni en su casa podía estar bien!

Ramona volvió al lado de sus invitados y dijo:

—¡Se cuida del perro! ¡Hace muchos años que está con nosotros!

Ana, que desde el recibidor contiguo había escuchado aquellas frases, entró en otra es-

tancia, se despojó de su traje de criada y vistiéndose el suyo, se dispuso a marchar.

Ramona vió aquel conflicto y corrió al encuentro de su cuñada.

—¿Por qué te vas? ¿Te has vuelto loca?

—¿Cómo te atreves a tratar a mi hermano de esta manera?

—Oye, que estás hablando con una señora y si no te lo crees, te la doy.

—¡Vete al diablo!

Y marchó con su marido.

Desde la contigua salita se escuchaban aquellos gritos. Lolita sufría horrorosamente ante aquel ridículo. A su lado, el duque sonreía, como ajeno por completo a lo sucedido.

Ramona volvió al salón, diciendo:

—¡Una nunca puede estar segura de sus criados!

Nuevas voces, nuevos gritos en el recibidor. Ramona dijo:

—¡No sé qué pasa! ¡Perdónemne otro momento!

En el recibidor encontró a tres sujetos, uno de los cuales le dijo:

—¡Nos hemos equivocado al traerle los muebles! ¡Debemos llevarlos al teatro antes de las cinco!

En vano insistió Ramona, para que lo aplazaran. ¡Era preciso desalojar la casa en el acto!

Ramona, temblorosa, volvió al salón donde el barón y la de Villabella murmuraban.

—¡Qué contratiempo, señores! ¡Acaban de

venir a limpiar los muebles! — dijo—. ¡Con toda el alma lo siento... pero esa gente no quiere esperar!

Aquello era una invitación en toda regla para que marchasen. El duque dijo entonces:

—¡No se incomode, señora! ¡Le hicieron lo mismo a mi mamá!

—¡Me parece que debemos irnos, señora de Vistabella! — dijo el barón.

Y los tres invitados se despidieron de la casa.

Lolita acompañó al duque hasta el rellano de la escalera y allí le dijo con voz amargada:

—¡Muchas gracias por su visita! ¡Lamento lo sucedido! Mamá no está acostumbrada a tener gente como ustedes en casa...

—Creo que su mamá es una buena señora y me hubiese gustado saber que su papá era aquel señor tan simpático que trajo el perro — dijo, sonriente.

Pancho se hallaba en el rellano inferior esperando que saliesen los invitados de su casa.

Lolita vaciló un momento. ¿Confesaría la verdad, o negaría a su padre?

El orgullo acabó por vencer:

—¡No, mi papá fué al campo a comprar una casa! — dijo.

Pancho había escuchado aquellas palabras. Y una gran tristeza se apoderó de él...

El duque se despidió de Lolita...

Al llegar al otro rellano vió a Pancho que estaba casi llorando.

El duquesito tuvo la certeza absoluta de

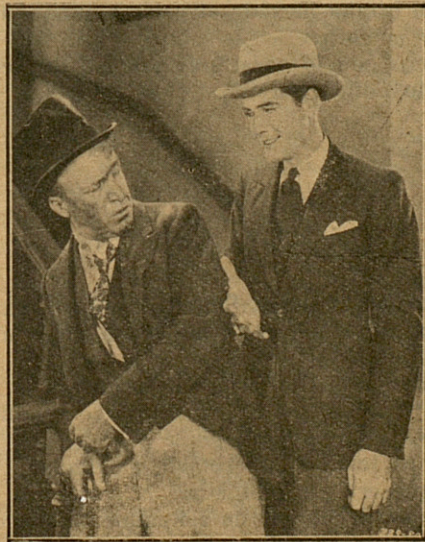
que aquel hombre era el padre de Lolita y así se lo dijo, pero el viejo lo negó.

—¡Se equivoca! ¡Yo no soy el padre de esta muchacha!

—¿Por qué no? ¡No lo niegue! ¡Lolita se parece a usted!

Acabó por confesar.

—¡Sí... soy su padre, y he sido casi un mal padre, pues la he hecho vivir en esta casa



—¡Se equivoca! ¡Yo no soy el padre de esta muchacha!

modesta... pudiendo comprar una finca hermosa! Pero mañana les voy a comprar el palacio más grande de la tierra...

El duque se echó a reír y prosiguió su camino.

Pancho volvió al piso y comunicó a su mujer y a Lolita que pensaba comprarles una casa.

Abrazó a las dos mujeres...

¡Era un padre... un verdadero padrazo!

Lolita estaba loca de alegría. Y Ramona dijo a su marido:

—¡Pero con la casa... es preciso que completes tu educación!



Pocos días después, Pancho compró una casa de campo donde se instaló con toda su familia.

Ahora tenían dos criados auténticos, y Ramona y Lolita se enorgullecían de aquella nueva vida de esplendor.

Ramona tenía un secretario particular... un joven que era una monada.

Les daba lecciones de refinamiento, de cortesía, de gran mundo... Ramona deseaba que, además, educase perfectamente a Pancho... Quería que el secretario estuviese siempre al

lado de Pancho y hasta que durmiese en el cuarto de éste.

Lolita protestó al conocer aquella determinación.

—Pero papá no lo conoce y puede ser que no quiera tenerlo en su cuarto — dijo.

—¡Tu padre hará lo que yo le mande! El secretario irá a dormir con él.

Pancho no parecía pensar lo mismo. Acompañado de Ana y de Pepe había ido a cenar al restorán Moderno, célebre por su cocina y por las piernas de sus bailarinas.

Pancho pensaba que era mejor divertirse... De todos modos su mujer le trataba lo mismo.

Una bailarina pasó ante él y le dijo, sonriente:

—¡Hola, Panchito! ¡No te he visto desde el día del baile de los ferroviarios! ¿Quieres que luego vayamos de juerga?

—¡Sí, espérame!

Ana y Pepe recriminaron su proceder, pero Pancho se excusó:

—Lo mejor será que vaya... de todos modos al llegar a casa, mi mujer me va a insultar...

Y se fué con la bailarina a pasear por la ciudad y visitar varios music-halls.

A la madrugada regresó a casa sin que por fortuna nadie le viera.

Al despertar al día siguiente, su asombro fué enorme al ver una "cosa preciosa", una "mujer" que estaba en el lecho contiguo.

Pancho dió un grito de espanto... y la "mu-

jer" se irguió, atemorizada.

—Pero... — dijo Pancho—. ¿Te traje del baile ayer por la noche?

—¡Ay! ¿Qué quiere usted decir?

Pancho creía que "aquello" era la bailarina del Moderno, cuando en realidad se trataba del secretario particular de Ramona, verdadero efebo que parecía una mujer.

Pancho se levantó y salió a escape de la habitación. En el corredor encontró a su esposa a quien quiso detener con mimos y dulzuras, temeroso de que fuera al cuarto y viera a la "bailarina".

Había cerrado y el secretario llamaba insistentemente a la puerta.

—¿Quién es? — dijo Ramona.

—¡Nada! ¡El viento que mueve la puerta!

—Pero si has cerrado...

Y abriendo de un empujón la puerta, Ramona dejó paso al "lindo secretario".

—¡Toma! — dijo a su marido—. ¡Si es el nuevo secretario, el caballero que completará tu refinamiento!

—¿El nuevo secretario?

¡Zambomba! Pancho estuvo a punto de desmayarse.



El día siguiente fué de los más felices de la vida de Pancho, pues era el cumpleaños de su hija.

Llamó por teléfono a Ana y le dijo:

—Hoy es el día del cumpleaños de Lolita y le quiero dar una sorpresa. Deseo que venáis...

—¡No faltaremos!

Pancho se sentía alegre como nunca. Llegó Lolita junto a él y su padre le dijo:

—Quería darte una fiesta con algunos viejos amigos que te quieren.

Ella movió los labios con mohín de disgusto.

—Tenemos una fiesta aquí, papá, y sabemos que a ti no te gusta mezclarte con la aristocracia. De modo que... mamá creyó que te gustaría más ir al teatro.

Y puso en su mano una entrada de platea.

Pancho sonrió tristemente. ¡Estorbaba, lo veía bien claro, querían quitárselo de delante! ¡No era lo bastante elegante para alternar!

Y amargado subió a su habitación del primer piso.

Los invitados no tardaron en llegar... El duque, el barón, la señora de Vistabella, entre otros...

¡Qué diferencia entre la humilde casita de antes y esta mansión espléndida!

Llegó Pepe, y Ramona, al verle, frunció el ceño:

—¡Mejor será que te vayas arribas a ver a Pancho! — le dijo

—No quiero estorbar, voy a esperar aquí en un rincón — exclamó el tabernero.

Poco después entraba Ana vestida modestamente, con una gran torta rodeada de can-

delas; la torta del cumpleaños.

La puso en manos de Lolita quien, disgustada, la entregó a un criado.

Lolita y su madre se consideraron en ridículo ante la presencia de sus parientes.

El duque dijo, acercándose a Ana:

—Creo que la he visto a usted en otro lado.

—¡Soy la tía de Lolita, y cada año le traigo la torta!

Ramona les interrumpió y llevándose lejos a su cuñada, le dijo:

—¿Por qué no te vestiste como nosotras? ¡Pareces cualquier cosa!

—¡Pero no parezco una merluza como tú!

—¡Insolente! ¡Vienes a insultarme a mi casa!

—¡Tu marido me ha invitado!

Y desdeñosa, Ana volvió al salón.

La orquesta tocó un baile. Alberto, el duquesito, invitó a danzar a Lolita.

—¡No puedo bailar todavía, Alberto! — le dijo ella—. ¡Estamos esperando más invitados!

—Pues yo quiero bailar...

Y viendo a Ana la rogó si quería hacerle aquel honor.

De buena gana aceptó la mujer y era cosa de ver al duquesito dando vueltas con aquella voluminosa criatura.

—¡La fiesta va a ser un fracaso si no quitan a "esa señora" de en medio — dijo el secretario particular a Ramona.

—¡Tiene razón! ¡Usted cuídese de "eso",

mientras yo voy arriba a arreglarlo todo de una vez!

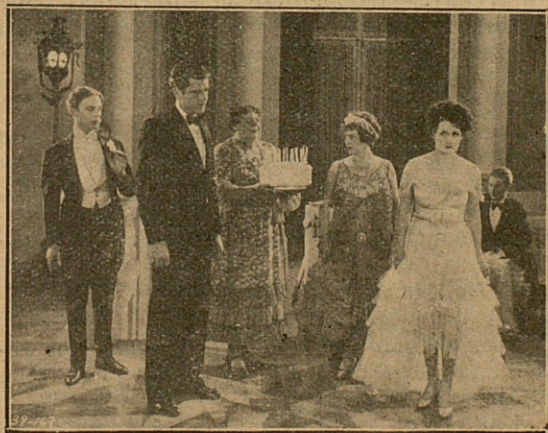
Acabó el baile y tocóse otro. Alberto invitó otra vez a Lolita, y ésta ahora no supo negarse al requerimiento.

Bailaron los dos y mientras lo hacían, el duque le murmuró al oído palabras amorosas.

Ramona había ido a las habitaciones donde estaba Pancho y le decía:

—¡Tu familia me ha avergonzado ya demasiado, Pancho! ¡Nos vamos a separar!

—¡Ay, traidora! ¡Yo creía que te habías casado conmigo porque me querías!



...entraba Ana vestida modestamente...

—¡No, no te quiero! ¡Nos pones en ridículo! ¡Debes irtel!

Y le dejó solo y el pobre Pancho, huérfano de cariño, se puso a llorar.

Abajo, en los salones, después del baile, Lolita y el duque habían salido al jardín. La muchacha estaba emocionada por las palabras del noble, y al propio tiempo sentía gran remordimiento por haber negado un día la personalidad de su padre.

—Debo decirte algo, que antes me dió vergüenza confesar. ¡El que trajo aquel día el perro... era mi padre!

—¡Lo sabía! — dijo el duque—. Celebro que tú te hayas arrepentido de ello. Jamás debe negarse a un padre. ¡Mira, yo te quería, pero ahora, aun te quiero más!

Y puso en uno de sus dedos el anillo de prometida.

Ramona había vuelto al salón y llamando a Ana que reía a grandes carcajadas, con su marido, le dijo, aparte:

—¡Es horrendo lo que hacéis tú y tu marido! ¡Salid de una vez! ¿Quieres volverme loca?

—¡No, hace tiempo que lo estás!

—¡Vete con tu hermano!

Y en su habitación, Pancho tomaba una resolución desesperada. Ya nadie le quería, se pegaría un tiro.

Una criada le sorprendió en el momento en que acercaba el arma a su pecho y corrió hacia él intentando disuadirle de su propósito.

Pancho ordenó que se alejase.

Solo otra vez, el desgraciado escribió en un papel:

¡Adiós, Ramona, no quiero servirte de estorbo! En el garage encontrarás mi cadáver.

Tuyo,

Pancho

Y marchó al garage. La criada, que espiaba, descubrió el papel que había dejado Pancho sobre la mesa y salió con él al corredor.

Encontró a Ana que iba en busca de su hermano y le entregó la carta. Ella lo leyó y horrorizada corrió hacia el cercano garage.

Llegó en el decisivo momento, logrando arrebatar a su hermano el arma de fuego.

—¡Quiero matarme! — suspiró Pancho—. ¡Nadie me quiere, nadie!

Ana meditó unos momentos y luego dijo:

—¡Hazlo! ¡Va a ser una gran lección para Ramona!

—¿Tú me aconsejas el suicidio?

—¡No es eso! ¡Sólo quiero decir que te hagas el muerto!

La doncella había avisado a Ramona y ésta, desencajada y pálida, corrió hacia el garage.

—¡Pronto, hazte el muerto! — dijo Ana.

Pancho se tendió sobre una mesa.

Ana fingió llorar desesperadamente y al ver a Ramona salió a su encuentro.

—¡Atrás, atrás! — le gritó—. ¡Tú le has matado con todas tus tonterías!

—¡Oh, mi Pancho, mi marido!

—¡No lo quisiste vivo... deja ahora su cadáver en manos de los que le quieren!

—¡Por Dios, Ana! ¡Dame a mi Pancho! ¡Déjame abrazarle por última vez!

—¡Es demasiado tarde!

Por fin, Ramona llegó junto al "cadáver" de su marido y comenzó a abrazarle, derramando lágrimas abundantísimas.

Se echaba sobre él con tanta furia, que Pancho sufría verdaderos dolores. Hasta estando él "muerto", aquella mujer le hacía daño.

Ramona lloraba... lloraba. Ahora comprendía lo que había perdido. Al no tenerle junto a él, se daba cuenta de que le amaba de verdad.

—¡Quisiera que alguien me matará para irme con él! — rugió.

Ana sonreía... Y Pancho sonreía interiormente. ¡Cuánto amor a última hora!

Mientras tanto la criada advertía a Lolita que estaba con el duque, la dolorosa noticia, y la muchacha corría hacia el garage.

Ana había arrancado a Ramona de brazos del muerto y ambas estaban abrazadas en un rincón.

Llegó Lolita quien se echó también sobre el "muerto"... Pero su sorpresa fué emocionante cuando el "muerto" le habló varias palabras al oído, explicándole que todo era una combinación.

—¡Oh, papá! — dijo ella entre llorosa y alegre, pues en un momento, ante la idea de ha-

ber perdido a su padre, había resucitado por entero, el cariño filial.

Ana, sonriente, le decía a Ramona:

—Si él volviese a vivir, ¿le querías?

—¡Sería la mejor esposa del mundo! ¡Nunca me separaría de él! ¡Sería su esclava! Pero ya no es posible.

—¡Quién sabe! ¡Mira!

Pancho se había erguido en la mesa.

Su mujer le vió y quedó maravillada por la sorpresa.

—Pero, ¿tú vives?

—¡Sí, me parece que sí! No fué más que un simple desvanecimiento... algo para engañarte.

Enfurecióse Ramona y cogiendo un martillo lo descargó sobre su esposo causándole una grave herida, y dejándole sin conocimiento.

Era capaz de haberlo matado de verdad.



Pancho tuvo que ser trasladado al hospital. La herida, por fortuna, no fué grave. Y Ramona, arrepentida ya por entero de todo lo hecho, velaba a su lado. Y cuando Pancho recobró el sentido, le dijo con emocionada voz:

—¡Pancho de mi alma! ¡Me he enterado de la lección! ¡Sin ti no podría vivir! ¡Perdóname!

Y Pancho, que era un pedazo de pan, perdonó...

Pasaron unos meses...

La felicidad, una felicidad que no habían conocido nunca, reinó en aquel hogar.

Y Lolita alcanzó sus ensueños de ostentar una corona ducal.

FIN

GRAN ÉXITO
en las
SELECTAS EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

la grandiosa novela

LA MUJER DIVINA

GRETA GARBO y LARS HAASON

200

B.

